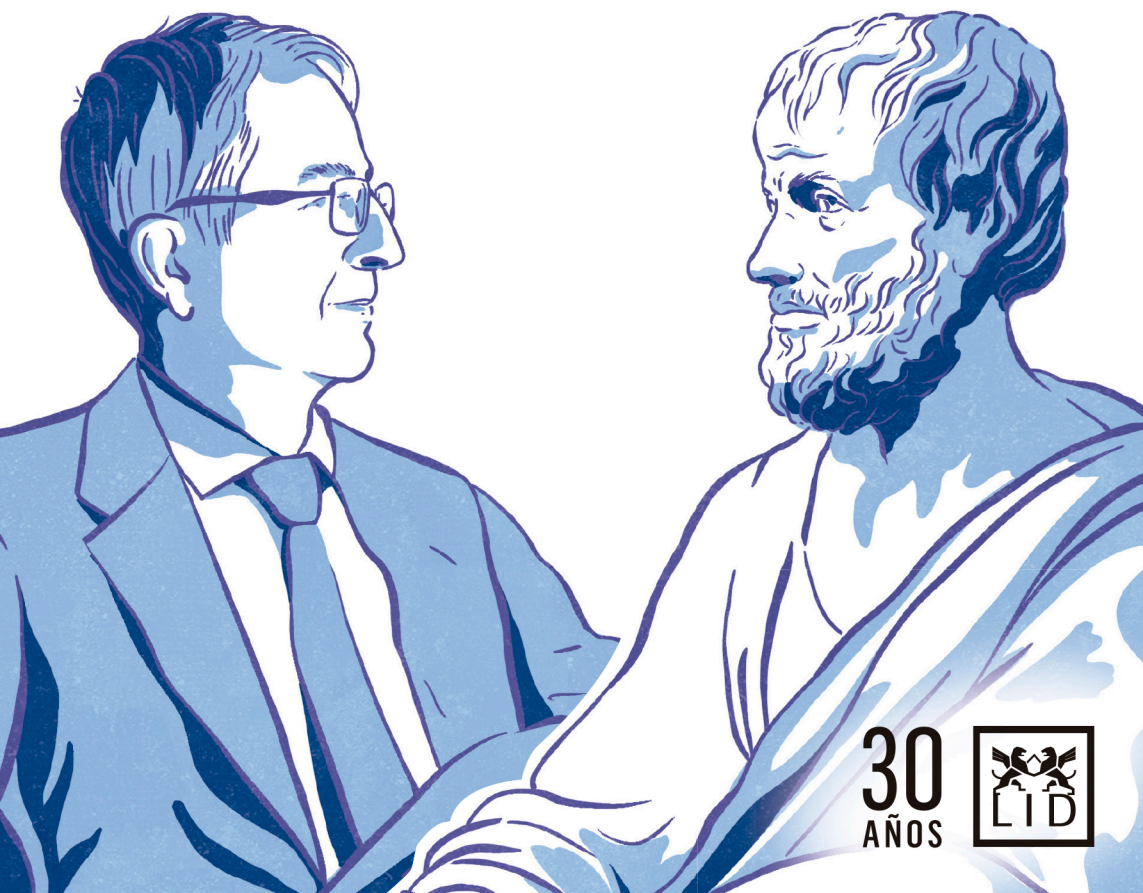


JAVIER FERNÁNDEZ AGUADO

ENTREVISTA A ARISTÓTELES

— Filosofía para líderes y emprendedores —



30
AÑOS



Índice

Agradecimientos	9
Prólogo de José María López Rodríguez	11
Introducción	15
La entrevista	21
Nociones básicas sobre la virtud	35
La voluntariedad de las acciones: gestionar nuestra libertad	51
Virtudes éticas	71
Virtudes intelectuales	103
La templanza es insoslayable	115
La amistad	131
El placer y la felicidad	163
Notas	181

Agradecimientos

Manuel Pimentel, editor de Almuzara, es en buena medida responsable de mi decisión de llevar a cabo esta obra. Amablemente me propuso volver a publicar bajo el sello LID alguno de mis nuevos estudios. Durante tantos años ha sido el vehículo de mis reflexiones intelectuales y ahora torna a serlo en este caso. Laura Madrigal y Laura Díez son dos grandes profesionales que cuidan como minadoras cada volumen. Mi esposa, Marta, y mis hijos, Sofía y Enrique, han sobrellevado con mucho cariño el tiempo que he dedicado a mi *charla* con el estagirita. Pilar, mi madre política, Raquel, mi cuñada, y Antonio, su marido, son causa de alegría continuada en el a veces complicado sendero de la vida.

Mi padre desde el Cielo y, en esta tierra, mi madre, mis hermanos y mis sobrinos se ocupan con ilusión de mi labor. José, Aguilar y Ana, José María López Rodríguez, Josep Capell y Blanca, Enrique Sueiro y Lourdes, Pedro Schoch y Almudena, Pablo Díaz y Marga, Ignacio Pascual y Marta, Pablo Stögery Carolina, Ricardo Hernández García, Cecilia Chiy, Fátima Rodríguez, Isabel Sancho y Elías, Miguel Ángel Robles, Josep Jordán, Salvador Molina y Carmen, Andrés Fernández-Pirla e Isabel, Arturo Servat, Marcos Urarte, José Lozano e Isabel, Álvaro Lozano y Rachel, Pedro Herráiz y María Jesús, Julio Mellado, Carlos de Benito, Roberto Pérez, Pepe de los Ríos y Bea, Laura Elena Calvache y James, Fernando Moroy y Brigi, José Luis Lizcano, Juan Ferrer, Sergio Casquet y Eva, Ignacio López Domínguez y Virginia, Christopher Smith, Rafael Esparza y Sofía, Mariano Vilallonga, Álvaro Porrero y Ana, Esteban García Conde, Alfredo Ruiz-Plaza, Fernando Cortina, José María Escrivá y Eva, María Victoria de Rojas, Ofelia de Santiago y Roberto, Igor González de Galdeano y Nerea, Ignacio Escribano y Ana, Guillermo Barrenechea, Víctor Hugo Malagón y Nena, Rodrigo Jordán, Rogelio Leal y Cristi... son buenos amigos que siguen con afecto mi labor.

EUCIM Business School, CEDERED, CEINSA y HGBS son instituciones muy apreciadas por mí que facilitan que pueda disponer del tiempo preciso para mis largas indagaciones, que procuran profundizar en la labor directiva para que muchas personas encuentren las condiciones para mejorar su existencia profesional y personal. Agradezco también a Enrique Sueiro la detenida lectura de esta entrevista. He asumido la práctica totalidad de sus sugerencias.



Prólogo

Escuché hablar de Aristóteles cuando cursaba mis estudios escolares. Durante años fue para mí un personaje tan atractivo como enigmático. Le consideraba un gran sabio, alguien importante en su época histórica, pero que poco o nada tenía que ver con mi trabajo y mi vida en Castilla y León en el tránsito del siglo XX al XXI.

Mi valoración del filósofo griego cambió radicalmente al escuchar hablar de él y de su obra al pensador español Javier Fernández Aguado, autor de este libro. Sucedió en una de las sesiones de la Escuela de Buen Gobierno para directores generales y también para directores de área o departamento que viene promoviendo CEDERED desde hace más de un lustro. Tiempo atrás había impartido algunas conferencias en Valladolid y Burgos invitado por José María López Puertas y fue precisamente a través del fundador de CEDERED y la Red de directores de RR. HH. como accedí al profesor Fernández Aguado.

Javier tuvo la fascinante capacidad de acercarnos a este filósofo griego. Una vez que nos lo fue desvelando, fui columbrando que tiene todo que decir a los ciudadanos de nuestra época. La lectura de *Ética a Nicómaco* es tan enriquecedora como erizada de desafíos conceptuales. La versión realizada por Julián Marías era muy ceñida a lo etimológico, resultaba en la práctica impenetrable. Un paso adelante profundamente diferencial fue la presentada por Fernández Aguado en LID Editorial.

Ahora, con esta entrevista al estagirita, el madrileño conocido por muchos como *el Peter Drucker español* profundiza en su loable afán por poner las reflexiones aristotélicas al alcance de un público más amplio. Su brega es de agradecer en esta sociedad líquida en la que, con frecuencia, la especulación de muchos se diluye en lo gaseoso, cuando no en la mera ausencia de capacidad reflexiva.

Fernández Aguado ha descrito en ocasiones el momento actual como una segunda Ilustración, una etapa de avance en aspectos científicos y tecnológicos, pero a la vez un período en el que criaturas sin especial apresto intelectual han accedido a posiciones de poder, sobre todo en el ámbito público. Así, han dejado a la vista que la profesión más sublime, la gestión de la cosa pública, la política, también puede convertirse en un deleznable espectáculo de nepotismo, de aturridos nescientes empeñados en apropiarse de medios económicos que nunca habrían alcanzado si hubieran tratado de ascender por meritocracia.

En *Ética a Nicómaco*, Aristóteles ensalza a quienes con rectitud avanzan por las trochas de la existencia. Fustiga a quienes manifiestan sus inconsistencias porque no realizan el esfuerzo preciso para asumir virtudes. Fernández Aguado repite que deben reiterarse actos para cosechar hábitos. La siembra de hábitos florece en buen carácter y este, al cabo, facilita alcanzar el destino al que cada uno de nosotros ha sido llamado.

Para que el camino sea recto, los actos tienen que ser técnicamente valiosos y éticamente aceptables. Solo así cuajan las virtudes. Cuando faltan la moral o la preparación tenaz, acaba sustituyéndose la brega por la actividad de trileros, cuando no de meros charlatanes fogosos e insulsos.

Nuestra época, como las precedentes, precisa cimientos sólidos. Cuando se observan los panoramas tanto nacional como internacional, cuesta vislumbrar líderes con esa imprescindible firmeza, y por ello hay más motivo para acudir a las fuentes, a los clásicos. No son estos los antiguos, sino quienes por la sabiduría de sus aportaciones superan el crisol del tiempo, donde quedan entrampados tanto los tuits como las demás modas superficiales.

Aristóteles se encuentra en cualquier elenco que recoja a quienes más han aportado al pensamiento en la historia de la humanidad. Acceder a él, como acabo de mencionar, no siempre es andadero. Por eso hemos de dar las gracias a Fernández Aguado, quien nos facilita la llave a ese conocimiento que, trascendiendo la inmediatez, proporciona roqueño soporte al que nuestras vidas pueden agarrarse. Me atrevo a pronosticar del profesor, tras haber leído el libro coordinado por Álvaro Lozano *Liderar el cambio* (LID Editorial), que es un contemporáneo que futuras generaciones denominarán *clásico*.

Confío en que esta enriquecedora entrevista, que rezuma sabiduría por todos los poros, fruto de una penetrante conversación entre Aristóteles y Fernández Aguado, ayude a mejorar tanto el rendimiento como la vida al mayor número de personas, sean directivos o no. Desde CEDERED llevamos décadas empeñados en contribuir a ese doble objetivo.

José María López Rodríguez

Presidente de CEDERED, Escuela de Buen Gobierno,
y Red de directores de RR. HH., PRL y directores financieros



Introducción

Cuando preparé la versión de *Ética a Nicómaco* publicada por LID Editorial en 2009, expliqué en la introducción que en pocas cuestiones están todas las personas de acuerdo. Una de ellas es la búsqueda de la felicidad. Todos la pretendemos. Nadie se propone conscientemente ser desgraciado. Cuestión aparte es que lo que se entienda por *felicidad* no sea lo mismo. ¡El suicida la anhela en su desesperado gesto! ¡Hasta quienes ponen su obsesión en atender complacientemente a sus más bajas pasiones (ira, gula, envidia, codicia, lujuria, etc.) la ansían! La objetividad perfecta en este anhelo es inviable, aunque solo sea por la diversa perspectiva que cada uno tiene a causa de su formación y/o de sus intereses o inquietudes. Los embarrados en lo meramente material la confunden con el placer, que es solo un *pseudo* de aquello en lo que consiste la verdadera felicidad.

*Ética a Nicómaco*¹, como primer intento de exposición científica de una teoría de las costumbres humanas, aborda este asunto y muchos otros esenciales para la existencia. Esa obra maestra ha superado el exigente crisol del tiempo y el espacio: millones de personas han leído las reflexiones de Aristóteles² a lo largo de los siglos. Sigue siendo hoy una grata experiencia la inmersión en esas páginas profundas, en las que es posible descubrir coordenadas firmes para la actuación diaria.

Se ha dicho que muchos de los libros que hoy en día son publicados suponen, sobre todo, un obstáculo para saborear las enseñanzas de los clásicos: resulta tentador detenerse en la hojarasca, destacar solo en medio de la mediocridad. Quizá por el exceso de escritos insustanciales, resulta más relevante centrarse en los que valen realmente la pena. *Ética a Nicómaco* se encuentra entre los que no deberían faltar en ninguna biblioteca. Entre otros motivos, porque demasiados autores no han hecho sino remedar a este genial escritor.

Esas páginas fueron probablemente escritas más como apoyo para la exposición oral del estagirita que como una obra sistemática. Con todo, y aun detectándose lagunas desde el punto de vista estructural, puede ser perfectamente leída de seguido, supliendo aquí y allá alguna elucidación. Sucede, por lo demás, que explicaciones que en un lugar faltan, se encuentran más adelante, como suele acaecer cuando no se ha revisado exhaustivamente un borrador. Lo que se pierde en sistematicidad se gana en espontaneidad.

La versión que ofrecí en 2009 era fiel al original, pero no tanto que, como sucede en ocasiones, su lectura se tornase farragosa. El esfuerzo fue notable y largo el tiempo dedicado a investigar y procurar el difícil equilibrio entre la lealtad al original y el modo de expresión más inteligible para lectores de un milenio recién comenzado.

Tuve en cuenta, entre otras, las propuestas de las estupendas ediciones realizadas por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y la Biblioteca Clásica Gredos. Las discrepancias con ellas fueron, sin embargo, más que las coincidencias. Especialmente la sintaxis fue sometida a un proceso de reajuste notable. Añadí notas en aquellos lugares en los que, en mi opinión, se precisaba una mayor explicación. Las limité, no obstante, a lo imprescindible, porque ha de ser el lector quien obtenga consecuencias de la lectura directa de ese inmortal texto. Introduje también títulos en los apartados dentro de cada capítulo.

Ni siquiera en mi versión es un libro que pueda ser leído con premura. Exige esfuerzo para bucear en el inmenso piélago intelectual del autor, quien acumula la sabiduría antecedente y procura ofrecer soluciones a problemas que cualquier persona pone ante sí a lo largo de su vida. *Ética a Nicómaco* no es una obra definitiva, pero sus aportaciones merecen tenerse seriamente en cuenta para luego seguir avanzando: pertenece a un caudal insondable de pensamiento dentro de ese proceso de profundización en el que cada persona puede y debe añadir algo a lo precedente sin desdeñar lo pretérito.

Hemos de aprender a ser personas. Quizá por eso un personaje excéntrico y contradictorio como Lutero renegaba de Aristóteles... Ofrezco más detalles al respecto en el capítulo que dedico al desazonado alemán en *2000 años liderando equipos* (Kolima).

Tal como he conversado en diversas ocasiones con José Aguilar López, uno de los intelectuales de más valía en el panorama del

pensamiento español contemporáneo, he aquí algunas de las materias abordadas por Aristóteles y su correspondiente habilidad directiva:

HABILIDADES DIRECTIVAS	HÁBITOS OPERATIVOS
Liderazgo Ejemplaridad (<i>to walk the talk</i>) Selección de asesores	Prudencia (VI, 4 y 6)
Asertividad	Veracidad (IV, 7)
Visión Previsión	Ambición (IV, 4)
Trabajo en equipo Flexibilidad Delegación	Sociabilidad (IV, 6)
Autogobierno	Templanza (III, 11-12; VII, 9)
Escucha activa Transmisión de confianza y seguridad	Afabilidad (IV, 8)
Optimismo	Valor (III, 7-10)
Empatía	Amistad (VIII y IX)

Los hábitos operativos que fundamentan muchas habilidades directivas y comportamentales son objeto de estudio central en la obra. Recuerda el autor que «ni las virtudes ni los vicios son pasiones, porque no se nos califica como *buenos* o *malos* por estas, sino por nuestros buenos o malos hábitos. No se nos elogia o censura por nuestros apetitos (no se alaba a quien tiene miedo ni a quien se aíra, ni se reprueba a quien se encoleriza, salvo en determinadas circunstancias), sino por nuestros hábitos buenos o malos. Nos enfadamos o nos asustamos sin deliberación previa, mientras que las virtudes son resultado de una elección, pues no se adquieren sin ejercicio de la libertad». Precisamente por eso, se encuentra en buena medida a nuestro alcance llegar, o no, a ser buenas personas y, en su caso, líderes.

El reto no es sencillo porque, como señala también Aristóteles, «la mayor parte de las personas viven a merced de sus pasiones y persiguen los placeres que les son propios y los medios que a ellos conducen y escapan de los dolores opuestos. No tienen así noción de lo hermoso y agradable, pues nunca lo han probado. A esa gente,

¿qué razonamientos podrán reformarla? Es imposible, o cuando menos no sencillo, modificar con la razón los hábitos asumidos desde antiguo en el carácter. Hemos de darnos por satisfechos si, reunidas todas las condiciones necesarias para llegar a ser buenos, logramos alguna participación en la virtud».

La adquisición de esos hábitos es importante —¡inoslayable!— para la criatura humana. Por eso ha sido objeto de estudio a lo largo de los tiempos siguiendo las indicaciones planteadas por el estagirita. Así lo leemos en Juan Crisóstomo, autor del siglo IV con gran sabor aristotélico y aplicable con las oportunas modificaciones a nuestros días: «Quien hoy sale a la calle precedido de heraldo, la espalda ceñida, el yelmo y numerosos lictores, probablemente mañana será puesto en prisión y, muy a su pesar, habrá de dejar a otros todo ese fasto. Quien está entregado a la glotonería y a las delicias de la gula, arruinada su salud por el deseo de contentar su vientre, no puede perseverar mucho tiempo en vivir con tanto dispendio y, consumida su fortuna, se ve obligado a acumular otras riquezas, en nada diverso de un torrente. Igual que en este, luego de pasada la primera oleada estruendosa otra le sucede, también nosotros, después de consumir abundantes viandas, sentimos de nuevo necesidad. Tal es la naturaleza de este linaje de cosas; nunca pueden permanecer estables, sino que son siempre arrastradas por una corriente incesante. La gula, además, no solo es cosa que pase y se desvanezca enseguida, sino que su paso impetuoso se lleva consigo el vigor del cuerpo y la salud del espíritu. Las embestidas de un río desbocado no causan tanto daño como los excesos y la falta de moderación que minan los fundamentos mismos de nuestra salud.

»Si acudes a un médico, aprenderás que casi todas las enfermedades son causadas por estos comportamientos. La mesa simple y frugal es, por el contrario, la madre de la salud. Por eso, médicos hijos de galenos proclamaron que la salud está en nunca saciar el estómago. La sobriedad en la comida es salud y la frugalidad en la mesa, la madre de la fortaleza. Si la austeridad es la madre, la intemperancia es la matrona de la enfermedad y engendra males contra los que nada puede la ciencia médica. Los dolores de los pies, de la cabeza, de los ojos, de las manos, los temblores, parálisis, ictericia, las fiebres persistentes y altísimas y muchas otras enfermedades que no tenemos tiempo de enumerar aquí no son causadas por la frugalidad

o el ascetismo de los filósofos, sino por la ausencia de templanza y el exceso en el consumir.

»Si queréis informaros también sobre las enfermedades del espíritu que derivan de ese vicio, sabréis que nacen de él la avaricia, la tibieza, la irritabilidad, la pereza, la lujuria y todo género de ignorancia. Las almas de quienes se entregan a la destemplanza en el deglutir y se abandonan a todas estas cosas parecen bestias salvajes, asnos. No callaré tampoco los fastidios que soportan quienes se dejan dominar por este extravío, aunque no los recuerde todos.

»Os ilustraré sobre el más grave de todos: ninguno de ellos disfruta de las delicias de la mesa. La medida, igual que protege la salud, es madre de la alegría, mientras que la destemplanza, al ser raíz y fuente de padecimientos, lo es del fastidio. Donde hay saciedad no habrá deseo y donde no lo hay, ¿cómo habrá placer? Vemos que los pobres no solo son más sensatos y sanos que los ricos, sino que, además, experimentan más gozos intensos.

»Conscientes de todo esto, evitemos la ebriedad y la falta de moderación. No solo en los placeres de la mesa, sino en toda suerte de goces materiales. En su lugar, dediquémonos a los del espíritu».

Aristóteles proponía insistentemente la superación de la *hýbris* para llegar a ser «como se debe ser». En esa medida, estaremos en condiciones de ayudar a otros (subordinados, colegas, etc.) en la misma y correcta dirección. Para él, el gobierno —la convivencia en general— no puede ser fruto de unos mínimos, sino que es conveniente «pedir» a la persona todo lo que esta puede dar.

Convento con el estagirita en que elemento esencial de ese marchar es contar con amigos. Mi mayor afición ha sido siempre conversar con los muchos que acopio en distantes enclaves del planeta. Quizá por eso la lectura reiterada de la *Ética a Nicómaco* me haya resultado tan connatural desde hace casi cinco lustros. En ellos pienso cuando dedico incontables horas al estudio y la investigación. Eso permite que luego nuestras charlas no sean epidérmicas, sino que entre unos y otros procuremos encontrar razones más profundas para una existencia tantas veces agitada.

Creía Aristóteles en la eficacia tanto de la formación como de la fuerza de una correcta legislación. Dejó escrito: «Si no se es

adecuadamente formado, es difícil encontrar desde la juventud la dirección recta para el ejercicio de la virtud, pues el vulgo, y más los jóvenes, rechazan la vida templada y firme. Es preciso que la educación y las costumbres sean reguladas por leyes: cuando son habituales, no son penosas. No es suficiente haber recibido la educación y el control adecuados en la juventud; es preciso que en la madurez se practique lo que se aprendió, y acostumbrarse a ello. También entonces precisamos de leyes y, en general, a lo largo de toda la existencia, porque la mayor parte de las personas obedecen más fácilmente a la necesidad que a la razón, y a los castigos que a la bondad.

»Únicamente en Esparta y en pocos lugares más parece que se hubiese ocupado el legislador de la educación y de las ocupaciones de los ciudadanos. En la mayor parte de las urbes, no se ha atendido a esta cuestión, y cada uno vive como quiere, legislando sobre sus hijos o su mujer (...). Lo mejor es, sin duda, que la ciudad se ocupe rectamente de esto. Si públicamente se desatienden, corresponderá a cada uno encaminar a sus hijos y amigos hacia la virtud, o, al menos, proponerse deliberadamente hacer algo para la formación de aquellos.

»Si es mediante las leyes como nos volvemos buenos, quien aspira a mejorar a los hombres, muchos o pocos, gracias a su cuidado, ha de procurar convertirse en legislador».

Buena parte de los problemas que sacuden a la humanidad en general —y a ciertas organizaciones en particular— son fruto de la insuficiente formación³, del vulgo (*chusma gobernante* los denominan con plena razón en algunos países), que, en ocasiones, llega a puestos de dirección.

Cada uno ha de esforzarse por mejorar su preparación —los mayores estudiosos han de ser los profesores y consultores— y luego poner los medios para transmitirla de manera comprensible a otros. Esta ha sido, en buena medida, la razón última de mi trabajo intelectual toda mi vida, y también de esta *entrevista* que he realizado al sabio griego en la que se desgrana fielmente su pensamiento para ofrecer las mejores perlas de sus reflexiones para desembarazar trochas hacia los oasis de felicidad a los que todos aspiramos.

La entrevista

JFA: Señor Aristóteles, le agradezco que haya encontrado el tiempo para atender a mis preguntas a pesar de sus múltiples ocupaciones. Iré directamente al grano: ¿cree usted de verdad que las personas buscan el bien? Al contemplar la invasión de Ucrania por parte de Rusia, la guerra en Siria, el comportamiento de gobiernos como el nicaragüense, el venezolano, el chino y otros más cercanos o el narcotráfico mexicano o el colombiano, la difusión de la idea de que el ser humano engendrado y no nacido puede ser asesinado impunemente...

ARISTÓTELES: Vayamos por partes.

Toda acción humana libre tiende, de entrada, a un fin bueno, aunque solo lo sea subjetivamente¹. Se producen diferencias entre los fines: no es igual una actividad inmanente, sin reflejo externo, que un acto que genera fruto en hechos externos.

El fin de la medicina es la salud; el de los astilleros, los barcos; el de la estrategia, el triunfo; el de la economía, la riqueza. En ocasiones, un conjunto de actividades está subordinado a un objetivo que engloba otros. Por ejemplo, cuando se fabrican riendas y otros arreos para caballos, se hace en pro de la equitación, y esta se dirige, junto con otras iniciativas bélicas, a ejecutar un plan encaminado a lograr una victoria.

En cualquier acción, lo relevante es alcanzar los fines principales, a los que se subordinan los demás. Esto sucede también en las actividades intelectuales propias de las ciencias especulativas.

¿En todo lo que hacemos hay un fin último? ¿No se puede actuar sin propósito? Da la impresión de que mucha gente así lo hace.

Todo lo realizamos en función de un objetivo ulterior, pues si no hubiese una meta última, se daría un proceso al infinito. Conocer ese fin influye grandemente en nuestras decisiones, pues

procederemos entonces con la consistencia de quienes apuntan a un blanco concreto.

¿Cómo establecer ese presunto reto último y unificador?

La política es la responsable de definir qué conocimientos son precisos en las ciudades y qué y cómo debe aprender cada persona. A ella se deberían subordinar las facultades que más alta consideración tienen: estrategia, economía y retórica. Como la política se apalanca en las otras ciencias y señala lo que debe hacerse y lo que ha de evitarse, su fin subsume los de las demás y constituye, de ese modo, el bien de la persona. Aunque el bien del individuo y el de la ciudad es de algún modo idéntico, parece evidente que es mejor obtener y defender el del colectivo. Lograr el bien de la persona es deseable; conseguir el de un pueblo es de índole divina.

¿Qué ámbitos considera usted que comprende la política?

Las áreas que abarca la política son tantas y tan variadas que parecerían más fruto de un acuerdo que de la naturaleza intrínseca de la realidad.

Nuestro estudio es complejo y habrá que darse por satisfechos con exponer al menos un bosquejo. Tan ilógico sería exigir a un matemático que persuadiera como a un retórico que demostrara. Cada uno juzga con certeza sobre lo que ha estudiado. Sobre un tema acierta quien lo conoce. Quien lo supiera todo sería infalible.

¿Es precisa la costumbre o basta con una aproximación meramente conceptual?

A la hora de hablar de política, los jóvenes no son los mejores discípulos. Cuentan con escasa experiencia y resulta inevitable acumular múltiples vivencias y reflexionar. Si se dejan arrastrar por las pasiones, de poco les servirá lo que aprendan, pues la política no se limita a teorías, sino que sobre todo transmite estilos de vida. No es solo cuestión de juventud cronológica, porque hay gente con muchos años y mentalidad infantil que se deja arrastrar por sus instintos. Para esos individuos (por ejemplo, los incontinentes), lo que aquí se señale es baldío; por el contrario, será de grandísima utilidad para quienes orientan sus decisiones y comportamientos racionalmente².

¿Cuál es el objetivo último de la persona?

Tanto ignorantes como sabios afirman que es la felicidad y todos piensan que vivir y obrar bien implica ser feliz. Pero sobre el contenido se discute. Algunos consideran que consiste en realidades tangibles: placer, riqueza, honores, fama, etc. Otros señalarán como felicidad otras realidades. Un mismo mortal opina a lo largo de su vida de modos divergentes: cuando está enfermo, su felicidad consiste en la salud; si es indigente, en la riqueza; los conscientes de su ignorancia rinden por lo general pleitesía a quienes saben más que ellos.

Resulta superfluo detenerse en todas las opiniones: basta con considerar, de las más generalizadas, las mejor fundamentadas.

¿Puede una mala persona juzgar con rectitud?

Para ser capaces de captar con profundidad qué cosas son verdaderas y justas, resulta imprescindible la rectitud, lograda gracias a un comportamiento digno³. Si se define con claridad qué es justo y verdadero, no es preciso siquiera plantearse el porqué. Quien comprende lo primero entiende enseguida los principios. Para aquellos que no perciben ni una cosa ni otra, valen las palabras de Hesíodo: «El mejor de los hombres es quien por sí mismo comprende todas las cosas. También es bueno quien hace caso al que bien le aconseja».

Quien ni interpreta la realidad con rectitud por sí mismo ni presta atención al sabio se torna infructuoso.

¿Puede seguir hablándonos de la felicidad?

Los hombres entienden qué es el bien y la felicidad en relación con su idiosincrasia. El vulgo y los ignorantes los identifican con el placer; por eso prefieren una existencia voluptuosa.

Los principales modos de vida son: el del vulgo, la política y la contemplación. La mayor parte de la humanidad opta por una existencia animalizada. Esto se debe, en ocasiones, a que muchos que ocupan puestos de gobierno tienen gustos semejantes a los de Sardanápalo⁴.

Quienes están mejor formados consideran que el bien consiste en los honores, pues es lo que habitualmente se logra con la vida política. Sin embargo, este bien es demasiado superficial para finalizar aquí nuestra búsqueda. Quienes pretenden honra lo hacen

en buena medida para convencerse de que son buenos y buscan recibirla de hombres honestos y virtuosos. La virtud es superior a los loores.

Algunos concluyen que el objeto de la vida política es la virtud. No resulta convincente, pues puede ser que el virtuoso esté dormido o descansando o que padezca infortunios. A no ser por empecinamiento, nadie calificaría como *feliz* a quien así viviese.

El tercer estilo de vida es el que califico de *contemplativo*.

¿Es viable lo que propone también en el mundo de la empresa?

El mundo de los negocios suele ser violento. La riqueza no ha de ser pretendida por sí misma, sino en orden a otra cosa.

Son duras esas palabras...

En defensa de la verdad hay que estar dispuestos a sacrificar incluso realidades que apreciamos. Aunque verdad y amistad son dos escenarios profundamente valorados, siempre hay que optar por la primera.

¿En qué consiste el bien?

Honor, prudencia y placer son bienes, pero de diverso orden.

Algunos afirman que conocer el bien es útil para lograr los bienes que se desea adquirir y realizar porque al poseer el modelo entenderemos mejor los otros y los alcanzaremos más fácilmente. Esa tesis es a primera vista verosímil, pero está en desacuerdo con las ciencias, pues estas aspiran a algún bien.

No es sencillo discernir qué provecho obtendrán de conocer el bien en sí mismo para su actividad como tejedores, carpinteros o médicos. Es obvio que un galeno no contempla la salud como un bien en sí mismo, sino el de una persona concreta.

¿Es idéntico el bien para todos? Cada uno parece tener una opinión diferente...

Como ya he dicho, el bien es distinto en cada actividad: uno, en la medicina; otro, para la estrategia, etc. En la medicina, la salud; en la estrategia, la victoria; en la arquitectura, un edificio.

Si los fines son diversos y los escogemos en función de otras metas, como la riqueza, la flauta y, en general, los instrumentos, es obvio que no son perfectos... y lo mejor ha de serlo. Si hay un bien perfecto, ese será el que busquemos y, si hay varios, el más perfecto entre ellos.

¿Cómo reconocer ese bien superior?

Aquello que se anhela por sí mismo es más perfecto que lo que es pretendido en función de otro; al que nunca es elegido por causa ulterior lo consideramos más cumplido que a los que se eligen por sí mismos y/o por otros motivos.

Caramba, eso suena a felicidad...

La felicidad parece ser la única cima seleccionada de ese modo y no en función de otra. Los honores, el disfrute, el conocimiento y cualquier hábito bueno los deseamos por sí mismos, pero también porque proporcionan felicidad, pues estamos convencidos de que gracias a ellos lograremos ser felices.

¿Hay que participarlo con los demás?

El bien perfecto parece ser suficiente en sí mismo. Considero esa autosuficiencia no solo en relación con uno mismo —si uno asume una vida solitaria—, sino también en referencia a los padres, hijos y mujer, y, en términos generales, a los amigos y conciudadanos, puesto que la persona es por naturaleza social. Se impone determinar límites en esas relaciones porque, si se extienden a los progenitores, descendientes, amigos de los amigos, etc., se prolongarían hasta el infinito. Es suficiente lo que en sí mismo hace grata la existencia y no reclama nada: es lo que calificamos como *felicidad*, lo más deseable, sin que sea preciso completarla. Es obvio que resulta más apetecible si se le suma un añadido, pues la adición provoca una superabundancia de bienes, y, entre todos, el mayor es siempre más deseable. La felicidad, reitero, es algo perfecto y suficiente, ya que supone el fin de cualquier acto.

¿Puede explicarnos algo más en qué consiste la felicidad?

En un flautista, un escultor, un artesano o cualquiera de los que realizan una actividad, lo bueno y el bien se hallan en el ejercicio

acabado de aquella. Algo semejante ocurre en el hombre. ¿Sucede, acaso, que existen funciones y actividades propias del carpintero y del zapatero pero no del hombre y que es este por naturaleza inactivo? ¿No es más razonable admitir que, así como parece que el ojo, la mano, el pie y cada miembro tienen funciones propias, el hombre posee alguna ajena a cada una de estas?

¿Es aplicable esta propuesta a plantas y animales?

Vivir es común también a las plantas y aquí estamos indagando sobre algo específicamente diferencial. Hay que dejar de lado la nutrición y el crecimiento. El nivel sensitivo también se da en el caballo, el buey y los demás animales.

Nos queda esa actividad específica del ser que tiene razón. Por un lado, la obedece; por otro, la posee, y piensa. De los dos significados de la vida racional, parece más adecuado tomar el sentido activo. Cuando una acción se realiza con excelencia, va convirtiéndose en virtud. Es propio del guitarrista hacer sonar ese instrumento, pero solo el buen profesional lo toca bien.

Vuelvo sobre un punto esencial: ¿es posible ser feliz?

Las condiciones precisas para alcanzar la felicidad se encuentran en lo hasta ahora definido. A algunos les parece que es la virtud; a otros, la prudencia; a otros, cierta sabiduría; a bastantes, esas cosas siempre que estén acompañadas de placer. No pocos incluyen también la prosperidad material. Sería ilógico concluir que todos se han equivocado en todo. Sucederá más bien que aciertan parcialmente.

¿Cómo se accede a la felicidad?

La felicidad se halla en el ejercicio de la virtud.

En los Juegos Olímpicos no son los más hermosos ni los más fuertes quienes triunfan, sino quienes compiten, pues solo estos están en condiciones de vencer. En la vida, quienes se comportan rectamente alcanzan metas buenas y hermosas. Su existencia es grata por sí misma.

El placer pertenece al alma y para cada uno es gustoso aquello para lo que tiene afición, como un caballo para aquellos a quienes les gustan los equinos o un espectáculo para quien es amante de esos

entretenimientos. Algo semejante ocurre con las cosas justas para quienes aman la ecuanimidad. En términos generales, los comportamientos virtuosos cautivan a los buenos. Ahora bien, para la mayor parte los placeres son objeto de discusión, porque las cosas que son por naturaleza atractivas solo lo son para quienes aprecian las conductas nobles, es decir, para quienes viven de acuerdo con la virtud. Esas personas no precisan el placer como un añadido; su propia existencia se lo proporciona.

Todo esto parece muy espiritual y el ser humano es alma y cuerpo. ¿Son precisos los bienes tangibles?

La felicidad necesita bienes exteriores porque no es posible o al menos no resulta fácil practicar el bien cuando no se cuenta con recursos. Muchas metas se realizan mediante los amigos o con riqueza o con poder político, como si de instrumentos se tratase. La carencia de nobleza, linaje, buenos hijos, belleza, etc., dificulta la dicha: alguien que fuera feo o deforme, o que viviese solo y sin prole, no podría ser completamente feliz. Quizá menos aun aquel cuyos hijos o amigos sean radicalmente malos o, habiendo sido buenos, hayan fallecido.

La felicidad parece necesitar de algún modo la bonanza. Algunos la identifican con la buena suerte y otros con la virtud.

¿Cómo se conquista la felicidad?

Hay que cuestionarse si la felicidad es algo que puede adquirirse por el estudio, la costumbre u otros medios o si sobreviene por designios divinos o por la mera suerte. Si los dioses entregan dádivas a los hombres, es razonable pensar que la felicidad lo fuese, porque es lo mejor.

Aun cuando la felicidad no nos sea donada por los dioses, sino que procede del ejercicio de la virtud y de cierto aprendizaje y ejercicio, parece ser el más divino de los dones. Como premio y fin de la virtud es lo mejor que existe y tiene algo de sobrenatural. Es un bien que pueden compartir aquellos que procuren lograrlo mediante la instrucción y la diligencia y no se incapaciten para la virtud.

Es razonable que la felicidad sea alcanzada con la brega y no mediante la fortuna. Poner en manos del azar lo más grande y hermoso manifestaría incongruencia.

Entiendo que es ardua esta cuestión: ¿cómo definiría la felicidad?

Es una actividad del alma de acuerdo con la virtud. Los demás bienes se dividen en necesarios e instrumentales. Esto es coherente con lo que señalamos precedentemente, pues afirmamos que el fin de la política es el mejor bien y la política pone gran cuidado en facilitar a los ciudadanos ser buenos y capaces de realizar acciones nobles.

No sería lógico denominar *feliz* al buey, al caballo ni a ningún otro animal, pues ninguno es capaz de participar de la actividad descrita. Tampoco el niño es feliz en sentido estricto, pues, por su edad, no es apto para esas acciones. Con todo, a algunos se los califica como tales porque se espera que sean capaces de felicidad en el futuro.

La felicidad requiere una virtud perfecta y una vida entera, pues a veces se suceden cambios azarosos. Es posible que quien fue próspero sufra luego calamidades, como sucedió con Príamo⁵ en los poemas troyanos, y nadie considera feliz a quien ha sido víctima de significativos percances y ha concluido su existencia miserablemente.

Aunque esto implica entrar en ámbitos más complicados aún, ¿son felices los difuntos?

Denominar *feliz* a una persona fallecida sería objeto de larga polémica. Ni siquiera Solón lo afirmó. Únicamente señaló que puede considerarse venturoso a quien no está sometido a males e infortunios. Parece que para los difuntos se dan también un bien y un mal, como para los vivos, pero sin ser conscientes de ello, y eso en función de honores, deshonras, prosperidad e infortunio de los vástagos y demás sucesores.

Todo esto presenta dificultades, pues si alguien ha sido venturoso hasta la vejez y ha fallecido de igual modo, ¿cómo le afectan los cambios en su descendencia? Pues algunos pueden ser buenos y alcanzar felicidad; otros, por el contrario, malvados...

Resultaría absurdo que el muerto cambiara con las mutaciones de sus herederos y fuera alternativamente feliz y desgraciado. También sería contradictorio pensar que lo que sucede a los hijos en absoluto interese a los progenitores.

La pregunta del millón: ¿se puede ser feliz de forma invariable?

De seguir las incidencias de la fortuna, tildaremos a la misma persona tan pronto de feliz como de desgraciada, presentándola como a un camaleón. La existencia plena no depende de los cambios exteriores, aunque reclame un cierto grado de prosperidad, sino de las actividades que realiza de acuerdo con la virtud, que conducen a la felicidad; las que no sean conformes a ella llevarán a la amargura.

En nada humano se genera tanta estabilidad como con las obras virtuosas, que llegan a ser incluso más firmes que las ciencias. Las actividades probas más valiosas son más seguras. Los virtuosos viven de acuerdo con ellas⁶.

Lo que buscamos pertenece a quien es feliz toda su vida, pues siempre, o al menos tendencialmente, realizará y deseará lo que es conforme a la virtud. Quien es bueno sin tacha soportará los altibajos de la existencia con nobleza y moderación.

¿Es peliagudo desafío alcanzar la prudencia?

El hombre prudente soporta con dignidad las alternancias de la fortuna y se comporta siempre del mejor modo en cualquier circunstancia, como un buen general emplea su ejército de la manera más eficaz para la guerra, un zapatero fabrica el mejor calzado con el cuero que se le proporciona y de modo semejante cualquier artesano. El hombre virtuoso no será nunca desgraciado, aunque no llegue a ser venturoso si le suceden desastres. No se volverá inconstante ni tornadizo, pues no se alejará con facilidad de la felicidad por las contradicciones, a no ser que sean enormes e innumerables. En esa situación, no alcanzaría a ser feliz sino tras un largo período, cuando sea dueño de bienes que le hagan olvidar desgracias precedentes.

¿Qué impide calificar como *feliz* a quien actúa de acuerdo con la vida perfecta y se encuentra suficientemente provisto de bienes externos no por un breve período y gracias al azar, sino durante toda su existencia? ¿O es preciso añadir –si es que establecemos que la felicidad es solo posible al final y cuando todo ha sido perfecto– que ha de seguir viviendo de igual manera y concluir su existencia análogamente, puesto que desconocemos qué sucederá en el futuro? Si aceptamos esa postura, denominaremos *felices* solo a quienes poseen y poseerán lo señalado⁷.

Volvamos a la vida trascendente: ¿cómo considera que seremos tras la muerte?

He de afirmar que la suerte de los descendientes y de los amigos no contribuye en absoluto a la situación de los fallecidos es contrario a la opinión de muchos. Así como los infortunios tienen más o menos influencia en la propia vida, lo mismo sucede con lo que acaece a los amigos.

Ignoro si los extintos participan de los bienes o males de amigos y descendientes. Si alguna ventaja o algún daño les llega, será débil y, en cualquier caso, ni harán felices a los que no lo son ni privarán de su ventura a quienes lo son.

La felicidad, ¿es esencial?

La felicidad es algo en sí mismo perfecto y acreedor de loa. Junto a los motivos hasta ahora aportados, se añade otro: en función de ella llevamos a cabo lo que hacemos, y lo que consideramos causa de los bienes es siempre digno de honor y como divino.

¿Dónde queda la virtud en todo esto?

Denominamos *virtud humana* no a la del cuerpo, sino a la del alma. La felicidad es una actividad del espíritu. El político ha de conocer, al menos en parte, los atributos del alma, como el oftalmólogo no debe ignorar el resto del cuerpo. Con más razón aún el primero, ya que la política es más digna de estima que la medicina⁸.

Los médicos que se precian se afanan por instruirse sobre el cuerpo humano. De igual forma, el político ha de interesarse por el alma, siempre con vistas al estudio de la felicidad y el bien.

Algunas cuestiones sobre el alma han sido tratadas en ámbitos ajenos a nuestra propia Escuela y no está de más tenerlas en cuenta. Señalan que una parte del alma es racional y la otra no.

Por lo que al aspecto irracional se refiere, una parte parece común y vegetativa, causante de la nutrición y el crecimiento. Esa facultad del alma se encuentra en todos los seres que se alimentan y en los que permanecen todavía en estado embrionario, y también en los organismos desarrollados. Su actividad es común y no propiamente humana. Quizá sea durante el sueño cuando más actúa. En ese período nada puede ser calificado como *bueno* o *malo*. Durante la mitad

de la vida no se distingue a los felices de los desgraciados. Cuando se duerme, el alma está inactiva y no puede calificarse lo que entonces suceda ni como *bueno* ni como *malo*⁹. Una excepción existe, si se da algo de racionalidad en esa situación: los sueños de las personas más formadas serán mejores que los del vulgo¹⁰. No me detendré en el alma nutritiva, pues no se refiere directamente a la virtud humana.

Existe otra parte irracional del alma, participante de algún modo de la razón. Tanto en el continente como en el incontinente elogiamos la racionalidad, pues esa facultad les impulsa a comportarse rectamente. Frente a la razón, sin embargo, existe un principio que se resiste a los imperativos racionales.

De modo semejante a como los miembros paralíticos del cuerpo, cuando deseamos moverlos hacia la derecha se van en sentido contrario, así ocurre en ocasiones con el alma: las tendencias de los incontinentes les empujan en sentido contrario a lo que sería razonable. La gran diferencia es que en los cuerpos vemos ese movimiento contrario, mientras que no sucede lo mismo en el alma. Con todo, también en esta se da algo opuesto a la razón, que se le contrapone y resiste. Esa tendencia algo tiene de racional, pues obedece al continente, es dócil y concuerda con la razón en los moderados y varoniles.